

## El latín renacentista en Ambrosio Morales

El latín renacentista, también llamado «neolatín», constituye sin duda una etapa de la historia de la lengua latina y como tal merece la atención de la Filología Clásica. Esta no se ha prodigado con excesiva generosidad en el estudio de dicho período y a la relativamente corta cantidad de trabajos teóricos cabría añadir una parquedad todavía mayor de análisis de autores concretos<sup>1</sup>. Creemos que sólo cuando se disponga de un número suficiente de estos últimos podremos elevarnos a consideraciones generales más válidas, tarea que se verá dificultada por los rasgos específicos de la distintas nacionalidades. Porque parece evidente que para el estudio del neolatín habrá que tomar en cuenta, entre otros factores, a) su relación con el latín clásico; b) su relación con el latín medieval; c) su relación con las lenguas vernáculas.

El presente trabajo se inscribe en el campo de análisis previos de autores concretos, aunque dentro de lo posible lo situamos en el marco general de la época.

Para las lenguas clásicas tuvo el movimiento renacentista consecuencias muy positivas. Una de ellas fue el surgimiento de la Filología Clásica moderna. Era uno de los caracteres distintivos de la filosofía renaciente el rechazo del criterio de autoridad tan socorrido en la Edad Media,

1 Como bibliografía más específica citaremos cronológicamente: R. Sabbadini, *Storia del Ciceronianismo* (Torino 1886); Norden, *Die antike Kunstprosa* (Leipzig 1909) pp. 763-807; U. E. Paoli, 'Il latino degli umanisti', en *Storia illustrata della letteratura italiana*, I (Milano 1942) pp. 315-28; A. Traina, *Saggio sul latino del Pascoli* (Padova 1961) p. 58 s.; G. Devoto, *Storia della lingua di Roma* (Módena 1969) pp. 356-65. A. Fontan, 'El latín de los humanistas', en *Humanismo romano* (Barcelona 1974) pp. 257-72; el mismo, 'El latín de Luis Vives', en *Homenaje a Luis Vives* pp. 33-62; F. Blatt, 'Die letzte Phase der lateinischen Sprache', *ALMA* XL (1975-76) 65-75.

caricaturizado en la fórmula *magister dixit* y que tiene su reflejo en el fárrago de citas que proliferan en muchos escritos. Este rechazo no se dirigía tanto a la autoridad en general cuanto a las autoridades medievales en concreto, que los humanistas querían sustituir por los clásicos grecolatinos. De esta necesidad humanista de limpiar sus fuentes de tantas adherencias de la E.M. surge en definitiva todo el proceso de la Filología, cuya descripción cae fuera del campo de este trabajo. Pero desde un punto de vista estrictamente lingüístico supone para la historia de la lengua la culminación de aquellas tendencias que ya desde la E.M. propugnaban la vuelta a los modelos de la Antigüedad grecolatina<sup>2</sup>. Si este movimiento ha tenido sobre la lengua latina un efecto positivo o no, es una de las incógnitas que subyacen a todos los análisis que se hacen del latín de esta época y sobre la que volveremos más adelante.

En el terreno de la lengua el movimiento renacentista se manifiesta fundamentalmente en un deseo de renovación estética. El latín contra el que reaccionan los humanistas es el de los escolásticos y el de los *dictadores* que escriben o enenñan a escribir en prosa. El latín de la Escolástica era una lengua eminentemente técnica, que rompe con la tradición terminológica y de sentido, crea muchos neologismos y abandona la estructura rítmica de frases y períodos. El otro tipo es el latín de la prosa literaria que se aprende en la escuela de los *dictatores* medievales y está sometido a una rigurosa aplicación del *cursus*<sup>3</sup>.

Las manifestaciones de esta reacción renacentista se concretan:

1º) en un distanciamiento consciente de los humanistas con respecto a la E.M., que en lo referente a la lengua es, como veremos, más aparente que real en todos, y en sus manifestaciones externas más radical en los epígonos que en los pioneros del Humanismo, como Petrarca, que tenía conciencia de estar en el límite entre dos etapas diferentes (*ego uelut in confinio duorum populorum constitutus simul ante retroque prospicio*)<sup>4</sup>.

2 G. Devoto, o. c., p. 356.

3 A. Fontán, o. c., p. 261.

4 Franz Blatt, o. c., p. 65.

2º) se produce una especialización y restricción del saber enciclopédico de la E.M.

3º) se supervaloran los aspectos estilísticos y formales <sup>5</sup>.

Pero esta renovación artística que se iba a centrar sobre todo en los campos del vocabulario, la sintaxis y el estilo precisaba de *nuevos métodos* y *nuevos instrumentos* para el aprendizaje de la lengua.

Los nuevos métodos fueron importados y difundidos por los primeros profesores bizantinos que llegan a Italia y se centran no sobre manuales sino sobre los textos de los autores antiguo. El *método* de estudio se compone de dos partes, que juntas forman la Gramática <sup>6</sup>:

a) una parte *metódica*, representada en el manual de Valla, en la que se registran las palabras y sus diversas construcciones. Precisamente esa sensación de latín de laboratorio, de probeta, es casi siempre producida al comprobar en la lectura de textos renacentistas que usan exactamente los giros que los diccionarios recogen como representativos de los autores clásicos;

b) la parte *histórica* consiste en una ordenación según materias: la virtud y el vicio, la vida y la muerte, amor y odio, etc.

Sabbadini ilustra perfectamente la actividad de los humanistas en este aspecto de la enseñanza. No tardan en aparecer los *instrumentos* adecuados al método antes expuesto y a los ideales estilísticos que se habían trazado. Así encontramos como auxiliares que podemos llamar elementales para el conocimiento de la lengua los *Synonyma verborum*, de Stephano Fiechi en el 1436, al que siguen los *Synonyma sententiarum*, del mismo; aparecen también los primeros diccionarios italiano-latinos como el de Trincadino, anterior al 1447. A estos instrumentos en cierto modo elementales complementan otros más elevados, como el primer tratado de estilística, basado en la doctrina clásica, el *De compositione* de Gasparino Barziza o el primer léxico por autores, *Vocabula extracta a Servio super Virgilium*, de Guarino en el 1419.

5 G. Devoto, o. c., p. 357.

6 A. Fontán o. c., p. 266.

Instrumentos similares fueron los que, ya en el siglo XVI, Erasmo puso a disposición de sus contemporáneos con sus tres obras *De copia uerborum*, *De copia rerum* y la colección de los *Adagia*. En el *De copia uerborum* se encuentra un *thesaurus* idiomático y una especie de diccionario de sinónimos y antónimos, mientras el *De copia rerum* consta de una parte teórica en la que se explica cómo puede ser distribuido y luego utilizado por oradores y escritores el material que le sirve de base, o sea, símiles o comparaciones, metáforas, fábulas, *exempla*, sentencias, etc. y de una parte práctica en la que intenta emplear un método de clasificación sistemático con series antagónicas (virtud y vicio correspondiente), antropológicas (edades del hombre y accidentes que le sobrevienen, como juventud y vejez) políticas (monarquía y democracia, etc.). Las colecciones de *Adagia* están compuestas de frases breves, de tipo paremiológico, a modo de refranes, que se extraen de los clásicos, como compendios de sabiduría y de experiencia humana <sup>7</sup>.

Y llegamos así a un problema que es central para el latín de la época y que estudia minuciosamente Sabbadini: el *ciceronianismo* <sup>8</sup>. Se trata de una viva polémica en torno al ideal del escritor: imitación y originalidad y según Devoto refleja, más que un ciceronianismo mayor o menor, la lucha entre fuerzas conservadoras exasperantes y las necesidades modernas de expresión <sup>9</sup>. Nos encontramos así con estas dos tendencias, la del *ciceronianismo*, que aceptaba como único estilo del latín la imitación formal y exclusiva de Cicerón y que está representada en Italia por Aretino (s. XV) y por Bembo (s. XVI) y en España por Juan Ginés de Sepúlveda y Fr. Luis de Granada.

Frente a los ciceronianistas estaban los que defendían la personalidad y estilo propios y propugnaban, como Poliziano, la lectura de autores distintos de Cicerón, incluso medievales. Defensores ilustres de esta postura liberal y ecléctica fueron también Erasmo, Luis Vives y Tomás Moro, que alcanzan un punto de equilibrio con un latín elegante sin afectación y correcto sin excesiva búsqueda de purismo.

7 A. Fontán, o. c., p. 267.

8 R. Sabbadini, *Storia del ciceronianismo* (Torino 1885).

9 G. Devoto, o. c., p. 358.

Como dice Devoto, desde el punto de vista de la historia de la lengua eclecticismo y liberalismo se transforman en el reconocimiento de la necesidad de responder no tanto a impulsos individuales cuanto a las exigencias del tiempo, hecho que se manifiesta p.e., en la creación de neologismos independientemente de la tendencia teórica<sup>10</sup>.

El problema del ciceronianismo nos lleva de la mano a plantear otro no menos interesante, como es el de la caracterización del latín renacentista y su relación con el latín medieval.

Sin duda la diferencia más importante desde el punto de vista de la historia de la lengua reside en la vitalidad, que separa a ambas etapas: el latín medieval no sólo no había roto los lazos con la lengua viva, como testimonia la incorporación de elementos nuevos, creados no por simple gusto del inventor. En el latín renacentista, por el contrario, no sólo se interrumpe la comunicación con la lengua viva, sino que «se asiste a un movimiento reaccionario encaminado a latinizar elementos que ciertamente no son clásicos pero estaban enriquecidos por la venerabilidad de la tradición cristiana»<sup>11</sup>: tal es el uso de la palabra *dea* para la Virgen, *heros* para Jesucristo, *excommunicare* es sustituido por la fórmula clásica *aqua et igni interdicere* (Bembo), *morituro peccata remittere* es reemplazado por *deos superos manesque illi placare*, *spiritus* por *divinae mentis aurea*, *ecclesia* por *respublica* y otros muchos que más adelante comentaré<sup>12</sup>.

Si bien no podemos decir que el latín del Renacimiento estuviese vivo, tampoco se puede asegurar que estuviese definitivamente enterrado, sino que, continuando la metáfora, se podría decir que llevaba una vida en cierto modo vegetativa, como se puede denominar a su persistencia como *superestrato* de las lenguas vulgares, a las que auxilia de modo no ya explícito sino oculto, en lo que respecta sobre todo al léxico y elementos de derivación (cultismos).

Pero la esclerosis no afecta por igual a todo el cuerpo

10 G. Devoto, o. c., p. 358.

11 *Ibid.*, p. 357.

12 Cf. Norden, o. c., p. 775.

de la lengua. Mientras la lengua literaria se mantiene en lo sucesivo marmórea e inmóvil, queda todavía un hálito de vida en el mantenimiento del latín como lengua técnica de la ciencia durante los siglos XV y XVI. Y así, mientras triunfa en el campo literario la lengua vulgar, aumentan los escritos en latín gracias al florecimiento de la investigación científica. Estos escritos técnicos muestran una lengua de aspecto variado e incluso, según Blatt<sup>13</sup>, los médicos estarían más cerca de los ideales estilísticos del Renacimiento por lo concreto de la materia. En otros casos, si el autor quiere usar un perfecto latín clásico, debe recurrir a enojosas perífrasis debido a la dificultad del lat. clásico para las frecuentes digresiones de lo concreto a lo abstracto; otros para quienes las normas clásicas no son algo importante recurren al modo de escribir medieval.

Y es precisamente Blatt quien con más ahinco sostiene la tesis de la continuidad del latín medieval en el latín de los humanistas a lo largo de diversos niveles de la lengua, como el ortográfico y de pronunciación, en sintaxis y vocabulario. Lo que no resalta Blatt es que su análisis se limita a escritores técnicos exclusivamente. Y no deja de ser curioso, con todo, que el latín que más vitalidad conservaba, como hemos visto antes, sea también el que más afinidades mantiene con el medieval.

Sin embargo la persistencia del latín medieval no parece reducirse a la lengua técnica, al menos en España. Como complemento práctico quiero presentar el análisis de la lengua de un documento historiográfico del Renacimiento español: la narración de la batalla de Lepanto de Ambrosio de Morales<sup>14</sup>. Guiado por la noticia que da Sánchez Alonso sobre su carácter inédito, examiné el manuscrito (al parecer de su propia mano) en El Escorial, sacando microfilm. Pero cuando ya estaba prácticamente concluida la labor de transcripción del manuscrito, encontré por casualidad en la Biblioteca General de Salamanca una edición de la RAH del

13 Franz Blatt, o. c., p. 72.

14 Nace en Córdoba en 1513. Estudia en Salamanca con su tío, el humanista Pérez de Oliva. Se ordena sacerdote y estudia en Alcalá, trabando amistad con Melchor Cano. Fue preceptor de Juan de Austria. Entre sus obras historiográficas figura una *Historia General de España*. Muere en Córdoba en 1591.

s. XVIII que se titula *Opúsculos castellanos de Ambrosio de Morales (opuscula historica)* y en cuyo tercer tomo aparece la batalla de Lepanto. Sin embargo la lectura que el editor hace del manuscrito de Morales es tan deficiente en muchos pasajes como para no hacer inútil el esfuerzo de transcripción. Morales termina el relato justo cuando van a enfrentarse las dos armadas; el editor, de la RAH completa el relato con la narración de la batalla hecha por un tal Obutio.

Para el análisis del texto me he fijado sobre todo en la ortografía, sintaxis y léxico. Como puede comprobar quien lea aunque solo sea por encima el texto de Morales, los motivos de comentario son numerosísimos por lo que forzosamente hemos tenido que hacer entre ellos una selección.

Así en *ortografía* encontramos las siguientes particularidades:

1. confusión de i/y (en palabras gr. y lat.): *tyrocinio, pyratarum, inclyta, hyeme, hyemabis, lachrymas, etc.*

2. confusión del grupo *ti, ci* + vocal por identidad de pronunciación: *ditionis, fidutiam, nuncium* (también *nuntium*), *conditio, etc.*

3. *e* en vez de *ae* y viceversa: *pene, presidia* (y *praesidio*), *vecordiam, presertim, prefectum* (y *praefectus*) *sepius* (y *saepe*) etc., así como *caeteri, faeminae, etc.*

4. simplificación de geminadas y geminación incorrecta: *literis, apellant, solemne, quatuor, loani*, así como *occiosas* (doble falta), *occium* (doble falta), *soccordiam, millitum*.

5. reducción de grupos consonánticos: *ascriptus, expecto, asportat* (pero *adstare*), *santitas* (pero *sancti*) etc.

6. confusión en el uso de la «h», que se pone indebidamente o se deja de poner en donde conviene: *charus, auctoritas* (sin «c»), *lintheo, lachrymas, author, y sin embargo, Cartagine*.

7. intercambio de «c/qu»: *quum, consequuturum*.

8. asimilación: *solenni* (junto a *solemne*).

9. sonorización y síncope: *Madritum, Fernandus*.

La *morfología* es en general la clásica y apenas si cabe comentar un par de cosas:

a) el gerundivo arcaizante *potiundae*.

b) en el compuesto *respublica* no declina el primer elemento en el sintagma *Christianae respublicae opem*.

c) tal vez el valor de demostrativo de *presens* en *per Dei Opt. Max. presens... numen...*

d) vacilación entre 3ª y 2ª declinación, si es correcta la lectura *Barcinonae* de la edic. de la R.A.H.

Mucho más numerosas son las particularidades *sintácticas*, por lo que me he visto obligado a realizar una difícil selección.

1.—Respecto al uso de los casos destacamos la expresión *templum pedes ingressus*, con la adverbialización del acus. *pedes* (a pie) propia del lat. tardío; igualmente es rara la construcción *cum vicariam ejus curam Hieronymo Manrrico reliquisset*, en la que una posible explicación del doble acusativo es como complemento del sustantivo *cura*, siguiendo el ejemplo de Plauto: *quid tibi hanc curatio est rem?*

2.—El empleo de los pronombres es fiel reflejo de la confusión de funciones que se había originado a partir de la época tardía:

a) un valor próximo al de *artículo* tienen *ille* en *sanc-tissimis illis uerbis usus, quae...* y *unus* en *immissum in ligneam portam unum (jaculum), tandiu valide ipsam incendit, ut...*

b) uso de *ipse* en vez de anafórico *is*, como en el ejemplo anterior;

c) *ejus* en vez de *suus*, como en el ejemplo de 1.

d) tendencia al reforzamiento de *ipse* con *-met* y del reflexivo con *ipse*: *ipsae enim met literulae, benigne ab Pontifice impetrauit ne ulla ipsum se mora distineret; trirremes preterea omnes ipsum se armatum... inuisisse.*

3.—Se dan una gran cantidad de pleonasmos y acumulación y precisión de adverbios mediante preposiciones, como *jam inde a principio, a longe duas Turcarum birremes conspiciatur, coramque presenti, jamdiu antea* y *seorsum... semotum, classis tota simul conjuncta e ipsemet sua manu accinxit.*

4.—Llaman la atención las siguiente expresiones de relaciones de gradación: *apparatum bene magnum*, con un ad-



verbio de modo expresando una idea de cantidad; *inter caeteros sine controuersia peritissimus, minores sub his duces, sibi inter primos charum.*

5.—No menos peculiar es el uso que hace de las conjunciones, entre las que podemos destacar las combinaciones *sed quia, et quoniam, et quanquam, et quod*, todas las cuales encabezan sus respectivos períodos por delante de la oración principal. El uso de *quandiu* en *perdurare se posse aliquot mensibus, quandiu uictus supperditaret* tiene el valor de *dum, donec, quoad* y es propio del lenguaje jurídico y lat. postclásico. De igual modo en *tandiu valide ipsam incendit, ut, tandiu* funciona como auténtico correlativo del *ut* consecutivo y no de un *donec* posterior que no se relaciona con él.

6.—En relación con los modos sólo queremos resaltar en *ut ultro hostem requirendi author esse velis* el empleo del auxiliar *velis* para reforzar la noción de subjuntivo, procedimiento usual ya en latín tardío.

7.—Dejando aparte alguna falta de concordancia, nos vamos a fijar en el anacoluto que hay en *Constantinopoli enim... soluens Hali Bassa duce*, participio en nominativo al que no sigue un verbo en forma finita en la misma oración. También la construcción de la oración *uno tantum Famae Augustae munitissimae urbis praesidio integram victoriam remorabatur*, en la que una explicación del acusativo *victoriam* es como complemento directo de una pasiva impersonal.

8.—Y antes de pasar al léxico diremos un par de cosas acerca del *orden de palabras*:

a) encontramos a veces una inversión del orden regular en el sintagma predicativo, que no resulta *concinna* al gusto nuestro, como en *egit deinceps de tota expeditione cum comite sine arbitris Pontifex* con el predicado al comienzo y el sujeto al final;

b) entre las *transiectiones* cabe resaltar: 1) la inversión unida a disyunción en *classis per hoc tempus Turcarum maria mostra misere infestabat*; 2) usa frecuentemente la inversión de *cum* con una disyunción a veces grande respecto a su lugar normal al comienzo de la subordinada, del

tipo de *Euboeam insulam... cum peruenisset; classis Cretam cum peruenisset*.

En el nivel semántico se ve la lucha del autor por conseguir la pureza clásica pero también aparecen sus fracasos inconscientes u obligado por las necesidades de comunicación:

1. observamos en primer lugar la tendencia a latinizar conceptos y cosas de la religión:

a) Cristianismo y Cristiandad son *christianum nomen* y *christiana respublica*, Dios Nuestro Señor es *Deus Optimus Maximus*;

b) es muy frecuente el uso de *divus* por *sanctus*: así la Orden de Santiago es *Militia Divi Ioannis*, aunque también usa *Sancti Ioannis militia*, se refiere a S. Pedro con *Divus Petrus Apostolus*.

c) también emplea *numen* para referirse a la divinidad: *gratiae numini actae* y *Dei Opt. Max. presens numen*; refiriéndose a Jesucristo prefiere el más latino *seruator* en lugar del cristianismo *salvator*, acuñado por los primeros cristianos para traducir *sōtér*.

2. Es notable el uso que hace nuestro autor, como en general todos los historiadores humanistas, cuando no tienen en lat. clásico la palabra adecuada al objeto: así a los «cañones» se los suele denominar *machinae aeneae*, la «pólvora» es *sulphureus pulvis* o *tormentarius pulvis*, las «catalpulas» *saxariae machinae*. Pero una argucia muy frecuente en Ambrosio Morales es introducir la palabra vernácula entrecomillada con un «*ita apellant*», «*ita uocant*»<sup>15</sup>, etc. De este modo introduce el nombre de cierta clase de naves «*quas fragatas nominant*», el de los bandoleros italianos (*quos foraxidos Itali vocant*), el de cierto tipo de frailes franciscanos (*Scapuchinos Itali apellant*), el de «lugarteniente» que él denomina *vicarius dux* pero reproduce el nombre vulgar calcado al latín: *locumtenens vulgo dicitur, publicas... literas, quas breves vocant*.

3. El influjo de la lengua vernácula se observa, como es natural, en la elección de determinadas palabras: citemos

<sup>15</sup> Siguiendo una recomendación de Lipsius, cabecilla de los anticiceronianos: *si puritati sermonis tui metuis, adde «ut vulgo dicimus»*. Cf. Norden, o. c., p. 776.

sólo a título de ejemplo *inimicus* con el sentido de *hostis*, *gubernare* con el significado de «gobernar un país, región», *subditam* en vez de *subactam*, *propensus ad, totus* por *omnis*, etc.

4. Pese a los esfuerzos puristas su vocabulario ofrece un aspecto abigarrado en el que se mezclan:

a) préstamos griegos: *autographus*, *chirographum*, *epistola*, *blasphemia*, *tetrarchia*, etc.

b) palabras alejadas entre sí tanto diacrónica como diatópicamente: poetismos como *pelagus* por *mare* o los arcaico-tardíos *minutulus*, *nullatemus*.

c) innumerables palabras forjadas en la etapa precedente: *commenda*, *commendatarius*, *sacellanus*, *cardinalis*, etc.

d) palabras nuevas que o no aparecen en etapas precedentes o tienen un nuevo significado: *tetrarchia*, *prorex*, *pseudovates*.

Si tenemos en cuenta que muchas de las peculiaridades expuestas son comunes al latín medieval, podíamos hacer extensivo, al menos a esta obra de Morales, el juicio de Blatt sobre la continuidad del latín medieval y habría que dar la razón a la creencia en cierta *styli tarditas vel ruditas* de los humanistas españoles, apuntada por Luis Vives<sup>16</sup>. En su descargo hay que decir, no obstante, que es una obra que no publicó Ambrosio de Morales mismo y por tanto no pudo pulirla convenientemente, siendo una especie de *commentarii* para otra posterior.

Y respecto a la incapacidad general de nuestros escritores del XVI, hay también que decir que tenemos humanistas como Sepúlveda, uno de nuestros ciceronianos, que escriben un latín muy perfecto.

Para una rápida caracterización de la lengua latina de los s. XV-XVI podemos servirnos de Blatt<sup>17</sup>, para quien consta de:

a) antiguos elementos heredados sin interrupción y puestos al día artísticamente por los humanistas;

b) elementos vulgares;

<sup>16</sup> Cfr. Luis Gil, 'El Humanismo español del siglo XVI', *Actas del III Congreso esp. de est. clás.*, p. 228.

<sup>17</sup> Franz Blatt, o. c., p. 75.

c) elementos que pueden remontarse a los padres de la Iglesia y a los filósofos escolásticos;

d) por la utilización como lengua supranacional reúne además en sí sedimentos de todas las épocas de la vida intelectual de Europa y constituye una *koiné* de componentes romanos, griegos, hispánicos, germanos, galos, itálicos, arábigos y otros.

e) El núcleo está constituido por la morfología y el léxico de la lengua literaria clásica, mientras que sintaxis y estilística son tratadas según formación, conocimientos y gustos de los diversos autores: de forma humanística, escolástica o personal.

En general podemos decir que en todos los niveles de la lengua se aprecian los efectos de tres componentes:

a) imitación consciente de los clásicos;

b) tradición medieval inconsciente;

c) nuevas necesidades de expresión y comunicación propias de la época.

Quedan sólo por decir dos palabras acerca de la muerte del latín. Se sostiene con frecuencia la tesis de que las corrientes clasicistas de los ss. XIV-XVI son las causantes de que el latín se haya convertido en lengua muerta. Así se expresan Norden<sup>18</sup> y Franz Strauss<sup>19</sup>, quien hablando de Petrarca dice que no tuvo la perspicacia suficiente para ver que consiguió precisamente lo contrario de lo que buscaba. Blatt, sin embargo, no está de acuerdo con este juicio. Los humanistas no podían pensar que podía llegar una época tan bárbara, en la que el latín fuese excluido hasta de los planes de estudio. En efecto, estaban habituados a emplearlo en la escuela, incluso algunos lo aprendían de niños como segunda lengua materna, como Montaigne y Henri Estienne, era además la lengua supranacional de comunicación entre científicos y estudiosos, una lengua en la que se escribían la mayor parte de las obras literarias de casi todos los países europeos del s. XVI, a la que incluso se traducían obras

18 O. c., p. 767: «la lengua latina recibió el golpe de gracia de parte de los mismos hombres que pretendían infundirle una nueva vida duradera y convertirla en una lengua de cultura de ámbito internacional».

19 *Vulgärlatein und Vulgärsprache im Zusammenhag der Sprachenfrage im 16. Jahrhundert* (1938), citado por F. Blatt, o. c., p. 73.

escritas en griego o en lengua vulgar, y que era en fin la lengua de la diplomacia.

La verdadera causa de la relativa muerte del latín parece ser el *nacionalismo*. Si tenemos en cuenta la mentalidad actual en la que van indisolublemente unidos lengua y nacionalismo y si, como parece ser<sup>20</sup>, el nacionalismo y el cultivo de las lenguas clásicas eran ambos acordes con el espíritu renacentista, tenemos ya suficientes claves de la desaparición del latín como lengua viva sin necesidad de buscar culpables.

JENARO COSTAS RODRIGUEZ  
Universidad de Salamanca

20 Cf. José Luis Abellán, *El erasmismo español* (Madrid 1976) p. 17 ss.